

EDITADO POR EL GRUPO DEL MODELO MARTIN BORRÁS JOVER
CON FELICACIONES SUYAS AL TEXTO DE GRAVE
MAS BIEN REBATIENDO CONCEPTOS DE LOS COLECTIVISTAS
ESPAÑOLES. - 48 páginas.

*Estas me las dan de
quien? Se refiere a la
edición francesa o a
la traducción?
¿de Borrás o de otros?*

BIBLIOTECA ANÁRQUICO-COMUNISTA
VOLUMEN PRIMERO

LA SOCIEDAD

AL DÍA SIGUIENTE

DE LA REVOLUCIÓN

TRADUCCIÓN DEL ORIGINAL FRANCÉS

PUBLICADO POR EL GRUPO DEL V Y XII DISTRITO DE PARÍS A POR EL
PERIÓDICO «LE REVOLTE»

AUMENTADO CON NOTAS DE LOS EDITORES

Precio: 20 céntimos - 10 números 1'50

BARCELONA

Imprenta Ibérica de Francisco Fossas

123 Rambla de Catalunya, 123

1887

dice que el ideal, que hoy nos alumbra, responderá á nuestras necesidades de mañana y, sobre todo, á las necesidades de la sociedad toda entera. Lo que ha rendido á la impotencia y á la esterilidad hasta nuestros días todas las escuelas socialistas, ha sido que, precisamente en las sociedades que ellos querían establecer, todo estaba de antemano previsto y arreglado, nada se habia dejado á la iniciativa de los individuos, y, consecuencia lógica lo que respondia á las aspiraciones de los unos, se oponia á las ideas de los otros, resultado de todo esto: completa imposibilidad de crear algo que fuera duradero y estable.

Por lo tanto, si nosotros no queremos caer en las mismas faltas, y tropezar en iguales obstáculos, guardémonos de crear que todos los hombres estén fundidos en el mismo molde, que lo que puede conciliarse con el temperamento de uno, puede satisfacer indiferentemente los sentimientos de todos. Esto sea dicho de paso, no tan solo bajo el punto de vista de la agrupación en la sociedad futura, sino que, también de la agrupación en el período de propaganda. Por otra parte, si nosotros queremos hacer una Revolución que responda á nuestro ideal, para preparar esta Revolución, debemos agruparnos ya; según nuestros principios, acostumbrar á los individuos, para que obren por ellos mismos, y, guardarnos bien, como dejamos dicho, de *celar la estílica de la libertad*.

Hemos de precavernos para no incurrir en el defecto en que han incurrido los colectivistas

esto es, de tener un programa completo, y que todos los individuos están obligados á acatar bajo pena de exclusión: porque es muy difícil, por no decir imposible, el agrupar un número considerable de individuos y que todos piensen absolutamente de la misma manera. Sería, pues, necesario, para formar un programa común, escoger entre todos un número reducido de individuos para que lo redactaran á fin de satisfacer en más ó en menos á todos, entonces caeríamos en la falta capital de los colectivistas que han formulado un programa en el cual se encuentra de todo excepto colectivismo.

Pues bien, nosotros creemos que los anarquistas deben ser más prácticos que esto. Hemos de hacer un llamamiento á todos aquellos que quieren destruir la actual Sociedad, y en vez de perder nuestro tiempo discutiendo acerca de la utilidad y eficacia de tal ó cual medio, debemos agruparnos para verificar la aplicación inmediata de este medio sin habernos de preocupar en lo más mínimo de aquellos que de este medio no sean partidarios. Que, de esta suerte, los partidarios de otro medio vayan agrupándose también para ponerlo en práctica; después de todo, lo que todos queremos es la destrucción de la Sociedad actual, y es evidente que será la experiencia que habrá de guiarnos para escoger los medios. Así, haremos obras verdaderamente prácticas en vez de perder inútilmente nuestro tiempo en reuniones, las más de las veces estériles, en las que cada uno quiere que prevalezca su idea, en las que casi siempre se

separan todos sin haber resuelto nada, y que la mayor parte de las veces tienen por resultado el crear tantas fracciones disidentes cuantas ideas hayan en presencia,—fracciones que llegán á ser adversarias, y cuando esto sucede así, pierden de vista el enemigo común, la sociedad burguesa, para hacerse la guerra mutuamente unas á otras (1). De ello resultaría esta otra ventaja, y es que los individuos, al acostumbrarse á ir al grupo que mejor se adaptase á sus ideas, se irían también acostumbrando á obrar y á pensar por sí mismos, sin que hubiese entre ellos autoridad alguna, sin esta disciplina que solo consigue aniquilar los esfuerzos de un grupo ó de individuos aislados, porque los demás no son del mismo parecer. Resultaría también otra ventaja más y es que una Revolución llevada á cabo apoyándose en estas bases, no podría ser otra cosa más que una Revolución anarquista, porque los individuos habiendo aprendido á moverse sin presión alguna exterior, estos, por sí mismos, no cometerían la barbaridad y la imprudencia de nombrarse un poder al día siguiente de la victoria.

Sabemos que para ciertos socialistas, el ideal sería de agrupar á los trabajadores en un partido, tal como existe uno en Alemania (2). Los jo-

(1) Así es como se hizo en efecto en el partido denominado obrero, el cual se seccionó en tantas fracciones cuantos aspirantes hay al pontificado.

(2) Este plan está en vías de realización; háse constituido un comité llamado nacional, el cual, naturalmente no ha de tener poder alguno, etc., etc. Ya conocemos eso, es el refusa continuo de todos los gobiernos que empiezan.

tes de este partido, el día de la Revolución, serían elevados al poder, formarían así un nuevo gobierno, el cual decretaría la toma de posesión de los elementos de trabajo y de la propiedad; organizaría la producción, reglamentaría el consumo y suprimiría, esto está por demás el decirlo, todos aquellos que no fuesen de su parecer. Nosotros, anarquistas, creemos que todo esto es un sueño, tenemos la convicción de que estos decretos de toma de posesión que llegarían después de la lucha, sería puramente ilusorios; creemos que no es por medio de decretos que podrá conseguirse la toma de posesión del capital, pero sí por los hechos en el momento de la lucha, por los trabajadores mismos que se apoderarán de las casas, de los talleres y arrojarán de ellos á sus poseedores actuales y los remitirán á los desheredados diciéndoles: «Esto no pertenece á nadie individualmente, pero sí á la Sociedad entera.» Una vez esta toma de posesión llevada á cabo, no sabemos ver la necesidad que hay de hacerla sancionar por autoridad alguna.

No será, por lo tanto, sino cuando la lucha habrá terminado, que los trabajadores podrán organizarse, bien sea para la producción bien para el consumo y todo cuanto pudieramos imaginar, de aquí á entonces, no pasarían de ser ensueños más ó menos complicados, pero que carecerían siempre de base, puesto que no podemos prever todas las necesidades que se nos manifestarán el siguiente día de la Revolución. ¿Y sabemos, acaso, siquiera el tiempo que habrá

de durar? ¿ni cuáles serán las consecuencias de esta revuelta? ¡Ciertamente que no!

No debemos pues perder nuestro tiempo, en querer establecer en nuestra imaginación, una sociedad cuyo funcionalismo, fuese establecido previamente, y construir, digámoslo así, una de aquellas cajas de juguetes, cuyas piezas, todas numeradas una por una, que una vez colocadas convenientemente se ponen á andar tan pronto como el mecanismo ha recibido la cuerda necesaria. No podemos tener esta pretensión ridícula, pero hemos de resguardarnos mucho, para no caer tampoco en este otro defecto, común á muchos revolucionarios que dicen: ¡ocupémonos en primer término de destruir! Y veremos después lo que nos podrá hacer. Entre estas dos ideas hay un vacío; no podemos ciertamente decirlo que sucederá el día siguiente de la Revolución, pero bien podemos hacerlo con lo que no se hará, o, á lo menos, lo que debemos procurar que no se haga.

No podemos decir cual será el modo de organización de los grupos productores y consumidores, puesto que ellos solos han de entender en esta cuestión; y además no pudiendo convenir á todos el mismo modo de obrar.

Pero, muy bien podemos decir, por ejemplo, el modo como lo haríamos nosotros personalmente si estabamos en una sociedad en la cual todos los individuos tuvieran la facultad de moverse libremente. Podemos decir el modo como una sociedad podría evolucionar, sin tener malicia la necesidad de esas famosas «comi-

siones estadísticas.» (1) de bonos de trabajo, etc., etc., con las cuales quieren agradarnos, los colectivistas; y creemos que es necesario decirlo, porque, en primer lugar, está en la naturaleza de los individuos el no querer comprometerse sin saber con anticipación á donde van, y luego, como lo hemos dicho ya, es el objeto que nos proponemos conseguir que debe guiarnos en el cumplimiento de los medios de propaganda.

II

Creemos pues, que una vez el grueso de la lucha finido, el pueblo habiéndose amparado de los útiles, se encontrará inmediatamente en presencia de este problema: producir para consumir consumiendo. Creemos que los individuos deberán buscarse según sus ideas, según su carácter, y según sus aptitudes; y una vez que se

(1) Los colectivistas nos dicen, que son los enemigos de los productores estadísticos, por tanto de la ciencia. Esto es un error. Lo que queremos es, que no se haga estadística oficial, como sucedería con el procedimiento sugido. Los trabajos estadísticos no son ni más ni menos que los demás trabajos, y si á nadie se le ocurre el absurdo, de nombrar á los estadísticos, ni los productores, tampoco debe ocurrirle á nadie nombrar los estadísticos. En la sociedad del porvenir, si es necesaria la estadística, los que querrán dedicarse á esta clase de trabajos, (como en todo) encontrarán tanto trabajo para sus investigaciones, cuanto que la más de tener, asegurada la satisfacción de sus necesidades, tendrá á su disposición, cuanto se necesite para el caso. Digamos pues que ellos mismos, obran por su propia iniciativa, que en haciendo buena voluntad, todo se hace lo mejor posible; y si los unos lo hacen mal, otros harán que lo hagan mejor; y todos aprenderán, en esta enseñanza mutua, que la estadística oficial no puede garantizar esta libre iniciativa.

(Nota de los editores).

habrán encontrado se organizarán según sus tendencias: y no decimos de sus intereses, porque por el hecho de la supresión de la propiedad individual y de la imposibilidad de acumular el interés individual habrá desaparecido, á lo menos se refundirá en el interés general.

Creemos aun que por el hecho mismo de las necesidades, y puede ser que desde el principio de la lucha se establecerán almacenes generales, especie de bazares, en donde los productores irán á provisionarse de lo necesario. Aquí una pequeña reflexión: los colectivistas nos dicen: El comunismo no es posible; el caracter francés se opone; es necesario pues pasar por un periodo educativo que llevará progresivamente á los trabajadores á otro periodo, en el que la producción siendo colectiva, habrá productos en tan grande cantidad, que nadie tendrá necesidad de ocuparse si su vecino consume más de lo que produce. Pero desde el momento de la revolución, ó por lo menos cuando la lucha haya terminado, será necesario arreglar el consumo, según la producción de cada uno; á fin de evitar que el consumo sea mayor que la producción.

Al daño de falta de producción, responderemos más lejos; pero diremos á los colectivistas que dudamos mucho que pueden llegarse, desde el momento de la lucha con una organización dispuesta á funcionar, sin transición alguna; esto no es posible, sobre todo en una revolución económica, que removerá tantas pasiones diversas; mientras que un poder se organizará, cen-

tralizará y buscará un valor de cambio más ó menos justo, el pueblo, é impulsado por la necesidad irá bienamente en los almacenes á tomar lo que necesita de la misma manera que irá á llevar su fuerza de actividad, allí donde sea necesaria; y de esta manera se acostumbrará por la práctica, ó consumir sin preocuparse de donde bienen los productos que consume, y á producir sin importarle en donde van los productos que fabrica; de esta manera, los trabajadores, se habrán acostumbrado al comunismo, anpodido entenderse, sobre el valor de cambio.

Estos bazares de que hablamos más arriba estando en comunicación los unos con los otros por el hecho de las necesidades, estarán al cooperarán los productos y los productores vendrán á deponerlos por el hecho de esta correspondencia sin presión alguna administrativa, serán puestos al corriente de las necesidades del consumo, de la falta de tal producto, del encumbramiento de otro; de la misma manera que hoy día se vé montarse espontáneamente, asociaciones de especuladores, por explotar tal invención, tal mina ó tal descubrimiento, veríase entonces crearse los grupos espontáneamente de productores por producir tal ó cual artículo, pedido por el consumo.

De esta manera todo marcharía muy bien, pues que no habría nada impuesto: cada individuo no haría mas que lo que le convendría, y como el bienestar particular sería el bien estar gene-

ral no habría razón para que los individuos obraran contra sus propios intereses; además todos sabemos que solo hay mala voluntad allí donde hay autoridad, pues está en el carácter de los individuos, no querer ser mandados. En efecto, si muchos de nuestros compañeros que admiten todavía una especie de autoridad, por mantener el equilibrio en la sociedad futura quisieran raciocinar un poco verían que quieren un poder, pero con la restricción de ser libre para mandarlo á paseo, cuando no responderá á la *desiderata* ó que querrá constreñirles ó hacer alguna cosa que ellos no quieren hacer. Si estos camaradas quisieran reflexionar con ellos mismos, verían que su poder no tiene en estas condiciones ninguna razón de ser, y en este caso no lo querían más que para aquéllos, ó más bien contra aquéllos que no fueran de su opinión, pero esto es una mala manera de comprender la libertad. Es verdad que ciertos colectivistas han querido pretender que cuanto más el hombre se desarrolla se hace más esclavo de la sociedad y por medio de la ciencia pretenden probar que la autonomía no existe, pero esto es un error que hemos ya refutado extra de este trabajo (1). No nos defendremos pues mucho y á aquéllos que nos dicen que al fin es necesario una regla, que no se puede contentar á todo el mundo á la vez (esto será una verdad mientras se quiere imponer á todos un mismo sistema) que en una palabra, la mayo-

(1) Véase «*La Revolt*», 2^a y «*La autonomía según la ciencia*».

ría es la que debe hacer la ley; á esto no tenemos más que una cosa á responder. ¿Cuál es el *critérium* con el cual se reconoce que una mayoría está en lo verdadero ó en lo falso? ¿En donde empiezan y concluyen las mayorías?

Si fuese así no tendríamos más que inclinarnos buennamente ante la burguesía que nos explota, pues que tiene la mayoría por ella, y nosotros no somos más que una infima minoría. A esto se nos responderá; si, pero en una sociedad mejorada, en donde el trabajador tendrá el producido íntegro de su trabajo, en donde habrá toda suerte de libertades; en una sociedad en donde la instrucción estará á disposición de todos, una sociedad, en fin, que etc., etc., será fácil á los trabajadores de escoger libremente los mandatarios, y evolucionar hacia la mejor idea. Sea; si solamente tomamos á la humanidad desde el principio de su historia, veremos que cada vez que una idea á llegado á obtener esto que se llama mayoría y conquistar su sitio en la sociedad, es que detrás de ella había una verdad mejor que la apoyaba, y cuando esta idea se ha amparado del poder se ha instalado en él de tal manera, que se á vuelto opresiva á su vez, hasta que la evolución en las ideas ha hecho una revolución nueva que á venido á destruir la á su turno, y se ha tenido que empezar de nuevo. Bien; nosotros anarquistas, pensamos que es necesario romper este círculo vicioso; pensamos que la tierra es bastante grande para alimentarnos y evolucionar con nuestra ayuda, que debajo del sol hay puesto para todos, sin tener necesidad de

ahorarnos; que si queremos que la evolución puede hacerse pacíficamente en la vía del progreso es necesario romper todo lo que pueda entorpecerla en su marcha, sin tener ninguna mira por eso que llaman mayoría; y todas las verdades se encuentran en minoría cuando empiezan á aparecer.

Se ha objetado que en dejando los individuos libres de organizarse como ellos lo entienden, se verá reproducirse entre grupos la concentración, que hoy día se hace entre los individuos. Esto es un error, pues en la sociedad que nosotros queremos, el dinero será abolido, por consiguiente no habrá más que cambio de productos y cambio de servicios.

Desde el momento que una revolución social tal como nosotros la comprendemos haya podido verificarse, será preciso admitir que cierta evolución se habrá hecho en las masas, en el terreno de las ideas, ó cuando menos de una poderosa minoría. Y si los trabajadores han sido bastante inteligentes para destruir la explotación burguesa, esto no será para restablecerla entre ellos, sobre todo cuando tendrán asegurada la satisfacción de sus necesidades.

Muchos trabajadores nos dicen «esto que vosotros queréis es muy bueno, pero no es posible.» Los mismos colectivistas que nos combaten nos dicen: «Nosotros también somos comunistas, anarquistas, este es el nuestro ideal; solamente que para llegar á él es necesario pasar por un período educativo que es el colectivismo.»—Los compañeros que nos usan este lenguaje, podrán

ser de buena fe, pero nosotros no entendemos una jota. Tenemos una idea que creemos buena y buscamos á propagarla en torno de nosotros; y á hacerla comprender á aquellos que buscamos arrastrar con nosotros á la revolución. Puede ser que cuando la revolución se hará las ideas no serán lo suficiente avanzadas por agrupar á su alrededor la masa de aquellos que habrán tomado parte; pero á lo menos habremos buscado á extender la propaganda; si al día siguiente de la revolución nos vemos forzados á sufrir un período transitorio, será bastante que lo sufrimos sin que hayamos sido sus propagadores.

Parece que no se tenga en cuenta esa especie de fiebre de exaltación que se ampara de los individuos en tiempo de revolución. En estos momentos las ideas germinan, y se desarrollan rápidamente; los hombres se encuentran dolados de una cierta dosis de abnegación de sí mismos; y esto nunca ha faltado en las revoluciones pasadas y al contrario de esto, siempre hemos visto que las ideas grandes y generosas han sido siempre detenidas en su desarrollo por aquellos que se han hecho los jefes del movimiento.

III

Una de las objeciones que se nos hace, por apoyar la necesidad de una dirección cualquiera, es esta. En los grupos productores que por ejemplo se formarán, habrá necesidad de un jefe, de un contra-maestre, alguno en fin que dis-

tribuya el trabajo sin esto, todos se disputarían el mismo objeto, nadie podría ponerse de acuerdo y en fin de cuentas, se concluiría por no hacer nada de bueno. Esto es, según nosotros, colocarse en el terreno de la sociedad actual, y de ninguna manera bajo el punto de vista de la sociedad futura.

¿Para qué un jefe? Pues que los individuos que compondrán el grupo, formado en vista de producir tal ó cual artículo, pedido por la producción, seguramente que se habrán entendido de antemano, sobre las bases que deben constituirse — es que sus ideas simpatizan en conjunto, puesto que se han constituido libremente. Entonces no hay necesidad de autoridad entre ellos por la distribución del trabajo; se lo repartirán sin dificultad alguna según sus aptitudes tanto mejor cuanto que los individuos á los cuales no venderá la manera de obrar del grupo, serán libres de dejarlo y de buscar ó constituir otro que responda mejor á su manera de ver.

Lo que hace que hoy día (y esto es lo que podría reproducirse en una sociedad colectivista, pues que el trabajo digase lo que se quiera será siempre asalariado) un obrero prefiera tal trabajo á tal otro, y es porque le es más ventajoso el uno que el otro, pero desde el momento que se habrá abolido el salario, desde el momento que el obrero no tendrá más que una suma de actividad, por dar á la sociedad, á cambio de la satisfacción de todas sus necesidades, poco le importará de dispensar esta suma de actividad; á hacer zapatos, ó botas, á hacer de albañil, ó

péon; escogerá el trabajo que mejor le plazca, impulsado como estará por el amor propio, y por el deseo de hacerlo lo mejor posible.

Se ha hablado también de los trabajos penosos, y poco simpáticos, se ha dicho que si no había alguna ventaja en recompensa de estos trabajos, nadie querría hacerlos. Creemos por nuestra parte, que los individuos que están habituados á un oficio, continuarán en el mismo, lo mismo después que antes de la revolución y lo hará tanto mejor; como que el trabajo podrá hacerse entonces en condiciones más sanas, porque se habrá abreviado en mucho la jornada de trabajo, y luego que por la extensión de los útiles mecánicos; y de los perfeccionamientos que habrá podido introducirse, inmediatamente se habrá suprimido como si digamos los trabajos manuales, y ciertos oficios considerados hoy día como fatigosos ó repugnantes.

La misma respuesta pueda hacerse á esta objeción que se nos hace constantemente: por ejemplo podrá suceder que en la sociedad futura tal como la entendemos los comunistas anárquicos, no podrá encontrarse á nadie por hacer el oficio de extraer letrina (1). Bien; sigamos á nuestros contradictores sobre este terreno y admitiendo que no hallando ninguna ventaja, y siendo cata uno libre de hacer lo que querrá, no se encuentre á nadie por hacer este oficio. ¡Ved aquí una grande desgracia! Pero en una casa por ejemplo, en donde habrá este pequeño trabajo

(1) *Tianganer*.

á hacer, no sucederá que cada uno habrá contribuido á llenar el pozo? ¿no es verdad?

¡Ahora bien! desde el día que la falta de este oficio se hará sentir, los habitantes irán á buscar una máquina allí donde sabrán que se encuentre, y cada uno pondrá su parte de actividad por concluir más pronto el trabajo, y esto es visto que todos tendran en ello un interés inmediato; el de no ser envenenados.

En fin una razón poderosa, para que nosotros creemos, que el obrero, será bastante experto, por saber organizarse el mismo, al día siguiente de la revolución social, es que él habrá podido ya verificar esta revolución; es que habrá podido romper el medio en el que se debilita. Ciertamente que el hombre no habría mejorado por el solo hecho de consumada la revolución pero el medio en el cual se moverá, habrá cambiado; en lugar de esta sociedad egoísta, é individual de hoy día, en donde todos las se presenta ante el trabajador esta cuestión terrible, y á menudo insoluble, para él, ¿de qué comeré mañana? en lugar de esta sociedad en donde la lucha por la existencia, se persigue sin trabas ni mercedes entre todos los individuos que la componen, el hombre se encontrará con una sociedad ancha, sin opresión alguna, basada sobre la solidaridad de los intereses, y en donde tendrá asegurada la satisfacción de todas sus necesidades, en cambio de haber llevado su parte de trabajo.

¿Por qué los hombres no van á entenderse? Lo ha dicho *Juan Jaime* que ha dicho tantas pestes

como verdades «el hombre solo es malo y los hombres son buenos.» Si el hombre es egoísta, ¿quién le da las manos lo que es causa de su egoísmo, ó pueda servirle de ambición; manteniéndole entre la multitud, y haced de manera que no pueda salir de ella tan fácilmente, y de esta masa de seres, quienes en parte, tiene todos los defectos de una sociedad corrompida, hasta la médula se destacarán ideas grandes y generosas; una abnegación, y entusiasmo, que hacen que se hayan visto en las revoluciones pasadas, hombres los más hambrientos del pueblo, arma al brazo, delante de millones, y conservarlos escrupulosamente, para aquellos que debían escamotearles la victoria. (Esto no quiere decir que nosotros cantemos sus alabanzas; de estos millones al contrario habríamos preferido verles ampararse y ver colgados á los faroles de gas, á aquellos que lo hubiesen impedido; esto es tan solo un ejemplo que hemos querido tomar, por que nos parece convincente.

Siempre se nos habla de evolución; pero sabemos muy bien, que es necesario que la evolución, se haga antes de pasar en el terreno de los hechos; y es justamente porqué sabemos que una idea no se impone, si primeramente las masas no están preparadas por recibirla, y que nosotros tratamos de extender estas ideas tanto como podemos, á fin de hacer esta evolución, antes que la revolución, que se prepara, no nos sorprenda desprevenidos. En cuanto á la revolución, pondremos nuestras ideas en práctica, y aconsejaremos con nuestro ejemplo á nuestros

compañeros, á hacer lo mismo. Si lo hacen, es que la evolución será hecha: si en lugar de seguirnos, empiezan á mirarnos de reojo, será señal de que la evolución no se habrá hecho, y entonces ciertamente sucumbiremos. Pero por lo poco que habremos podido hacer en esta revolución, habremos lanzado nuestras ideas, en el dominio de los hechos, y cuando los trabajadores vuellos á caer bajo el dominio de nuevos amos, que continuarán explotándolos de lo lindo, se percibirán que habrán luchado en beneficio solamente de algunos intrigantes, reflexionarán y dirán entre sí; que en efecto, teníamos razón, cuando decíamos que no debían darse nuevos amos; y como los pocos hechos que habremos podido llevar á cabo, durante, el período revolucionario, les servirán de experiencia, podremos estar seguros que la revolución que vendrá enseguida, tendrá, por objeto poner en práctica nuestras ideas.

IV

Por lo visto; por el establecimiento de una sociedad que se designa con el nombre de colectiva ¿no se habrá necesitado un trabajo de propaganda, tan grande, como para pagar nuevas ideas?

Si el conjunto de los trabajadores destruye la propiedad individual, es que anticipadamente habrá comprendido la necesidad de la solidaridad. ¿Porqué quedarse entonces á mitad del camino? ¿Es qué en esta sociedad no se necesitará una suma de abnegación tan grande como en la so-

ciudad comunista andrquica, ó quizás mayor aún, puesto que las relaciones de los individuos entre sí no estarán basadas sino en el más estrecho egoismo?

Los que se titulan hoy colectivistas quieren destruir - según dicen - el mercantilismo actual, quieren abolir la competencia individual destruyendo el dinero, valor de cambio que permite á los capitalistas engañar al trabajador obteniendo en cambio de su dinero una fuerza de trabajo *superior* á la que le pagan. ¿Quieren destruir todo eso, dicen ellos, y no encuentran modo mejor que el sustituir el dinero, valor de cambio, por los bonos de trabajo, valor de cambio también?

¿Qué se habrá cambiado pues? ¿Qué importa que el valor de cambio sea de un metal más ó menos preciosos? Aquí no está el peligro: el peligro está en que si se hace en esta sociedad el *cambio de productos*, entonces cada cual tendrá interés en hacer estimar los suyos por encima de todos los demás, y veremos entonces reproducirse todas las inconveniencias de la sociedad actual. Sería necesario, para evitar todo eso, el encontrar una base que permitiese establecer el valor de cambio sin ninguna discusión; una base que permitiese fijar el verdadero valor de cada producto. Justamente esta base falta, y es lo que vamos á tratar de demostrar.

La mayor parte de los «colectivistas» á falta de otra cosa mejor, se han agrupado admitiendo esta medida del valor: ¡la hora de trabajo! Solamente que, como hay trabajos que exigen un

gasto de fuerzas mucho mayor que el que reclaman otros, nosotros preguntáramos: ¿cómo se las compondrán para llegar á poner todo el mundo de acuerdo? porque, cada uno tendrá interés en hacer que su hora de trabajo ó su gasto de fuerzas sea valorado más que el de los otros, y aún algunos colectivistas han llegado hasta el punto de reconocer que ciertos trabajos habían de ser más retribuidos que ciertos otros (1).

(1) «Las Federaciones de oficio-organización económica determinarán con aprobación de las colectividades el valor de un trabajo cualquiera. Los compositores, los científicos, los filósofos, los artistas etc., que ejecuten una obra de genio, de estudio ó de inspiración, podrán por ella el valor que les parezca, si hay quien la compre. Es creación individual y excepcional que ellos solos pueden tasar. Naturalmente se acomodará á que sea factible venderla, ¿qué importa, por ejemplo, que una gran obra de arte ó un descubrimiento útil ó trabajo por tener con el sobrado para la vida? ¿No habrá hecho un gran bien para el progreso humano? ¿A quién puede dañarlo?... Al fin y al cabo ¿podrá crear esto un privilegio? No, porque no pudiendo legar su fortuna á sus descendientes, como no puede legarse el talento no podrá establecerse herencia alguna.»

El párrafo transcrito tomado al pie de la letra de las páginas 142 y 143 del *Almanaque* para 1883. «Biblioteca del Proletariado» publicada por los colectivistas españoles dan una clara idea si alguna hubiera podido caer de que el sistema colectivista no es más que un gobierno y precisamente con todas las consecuencias repugnantes de la desigualdad de clases, que informan su lectura.

Esos mismos escritores que cuando escriben sobre lo que debería ser el arte en la sociedad del porvenir, dicen que jamás debe ser vendible al mejor postor como sucede hoy día que el artista se ve obligado á vender sus obras para comer y someterse á las exigencias del comprador, matando con esto una iniciativa á todas luces preciosa, que escribe con esto las impresiones del artista, ora se amolden ó no se amolden, al criterio del vulgo, para cuya enseñanza deben dedicarse esta clase de trabajos, no tienen ningún inconveniente en contradecirse, cuando deben amoldarse á escribir colectivismo.

Les volveremos á preguntar, ¿cual será el dinamómetro que les permitirá medir constantemente y comparar el gasto de fuerzas del hombre, fuerzas musculares cerebrales, fuerza ma-

¿Y qué diremos de los trabajos científicos y filosóficos? etc. ¿No deben ser libres también, sin necesidad de ajustarse á que sean lo mejor cotizables posibles? ¡Qué cada individuo tenga garantido el goce de todas sus necesidades! ¡que no se coarte la iniciativa de nadie cuando empieza á manifestarse como se acostumbra, y así se propaga para la sociedad futura colectivista por medio de la mayoría de votos, y se verá surgir de todas partes genios, vitalizando en actividad, por el ejemplo que las prestarán las demás actividades, siempre en acción! ¡Solo así es como pueden esperarse verdaderas creaciones en todas las ramas del saber humano, y de verdadera utilidad!

¿Que no debe importar nada á la sociedad futura, que haya hombres, que por cualquier hecho, por reconocida utilidad que tenga, se las de lo superfluo, para poder vivir holgadamente toda su vida, mientras que los demás tendrán que trabajar? ¿Qué principio racional informan este criterio? ¿En manera alguna es el principio de solidaridad pues que ésta se presta el que se halla en condiciones de prestarla, esto es, el fuerte al débil y lo que aquí se pretende es nada menos, que proteger el privilegiado por la naturaleza. Siempre el hombre inteligente subvendrá con más facilidad sus necesidades, que el falto de inteligencia? Y además quieren extirpar la herencia ¿y están ciertos que la extirparían procediendo así? ¿Quién priva—por ejemplo,—el hijo del padre que muera potentado, por razón de su trabajo,—de titularse de los bienes que representan el valor de este trabajo? ¿Y quién priva á este potentado en vida, viático, ó aumentador sus caudales, con el producto del trabajo ajeno, por medio del tanto por ciento prestándole buenos de trabajo? Nadie, ni ley ni disposiciones—en cuyo caso dejan de ser antiriquistas con ó sin disfraz—porque en la sociedad presente que hay leyes que cohiben al prestamista, prestar á más del tanto por ciento legal vemos á éste, y al que recibe prestado, de común acuerdo, burlarse de él; el uno exigiéndolo por ser el más fuerte, y el otro consintiendo por razón de sus necesidades; y como las mismas causas producen siempre los mismos efectos, no habríamos ganado nada con el sistema colectivista; al contrario habríamos perdido como cabos á demostrarlo.

Al trazar las líneas que preceden, hemos supuesto el organismo de

lerial inteligencia ó habilidad? ¿luego, sobre que bases establecerán este valor de cambio, para dar á cada uno, como ellos dicen, el producto integro de su trabajo, ante todo quien establecerá ese valor de cambio?

la futura sociedad colectivista tal como se escribe en teoría sin nada que lo impida. Pero es preciso ver las cosas tal como son y no como quisieramos que fuesen.

Hemos indicado lo erróneo de la supremacía de las mayorías en sentido anarquista—y por consiguiente no hay necesidad que escluyamos lo erróneo de la supremacía de las minorías: de modo que escluyade toda imposición, venga de donde viniere.

Ahora bien: sabido es que si nos hemos apartado de la organización colectivista (los que hemos escapado de las exclusiones) ha sido por lo imposible de obtener mayoría,—cuando lo tanta creíamos en su valor justiciero—porque en la organización colectivista de la región Española se tiene anarquista, al igual que la organización gubernamental, de los estados parlamentarios de la sociedad presente siempre que así conenga á los que les ha caído en suerte ser los justicadores, las mayorías son escometidas por estas minorías, más ó menos, ó más propiamente dicho, más desbaratadas.

Cuando en la organización, toda, hay unidad de pareceres, todo va bien, todo se resuelve con la mayor armonía; pero cuando los pareceres son distintos los procedimientos, también lo son; en vez de farto todo ó la persuasión, se fue al contrario á la fuerza. Todos los medios se ponen en práctica para cada parte ganar la batalla; pero al igual que en la sociedad burguesa presente siempre tiene superioridad de medios, el que gobierna, y por consiguiente, siempre este obtendrá mayoría en todas las elecciones.

Vamos á ver por ejemplo como se hacen en el terreno de la práctica las elecciones en la Federación, Regional, de los trabajadores, españoles.

Supongamos que se trata de celebrar el congreso regional reglamentario, cuyo Congreso deben precederlos de las comarcas en que esté dividida la organización, colectivista; en primer lugar deberá procederse á la elección de un delegado por cada sección de oficio, ó nombrará uno ó más la Federación Local ó las secciones en junto que la componen. Supongamos que se trata de una localidad

Ved ahí lo que, refiriéndose á ello, dice un colectivista:

«El gran medio de acción, el eje del mutualismo, es la constitución del valor; en efecto, para establecer el cambio igualitario, el cambio

en la que la Comisión Federal, sabe que no es alicia á su línea de conducta etc, etc. La elección de los delegados tendrá lugar en un local determinado; supongamos que están ya todos los compañeros que buanamente han querido comparecer á la reunión. En otro local separado, estarán también preparados los verdaderos directores de aquellas elecciones, con número suficiente de volantes que en el momento preciso se presentarán á la reunión; propondrán á gran número de candidatos con el fin de dividir los votos de sus contrarios para obtener un buen resultado; y en último caso el número de votos preparado, dará el golpe de gracia, al axioma. Asíase á esto las credenciales en blanco que las localidades mandan á las comisiones comarcales y Federal, y se verá la fuerza de ésta, como también la fuerza que la forma. No es esto todo; Supongamos que con todas las precauciones tomadas llega la apertura del Congreso, y en la primera de sus sesiones la votación da un resultado desfavorable para lo de más número de delegados, representando otras tantas secciones timbradas, tanto de la localidad que se celebra el Congreso, como de otra parte (cuya autenticidad las será imposible comprobar á los los delegados por no estar al corriente de semejantes detalles) y así está siempre segura de ganar en todo no la mayoría, como se pretende, si no la minoría; y si por uno de aquellos azarres siempre caprichosos de la fortuna, perdiera las elecciones; en último resultado, siempre le queda el recurso á la Comisión Federal, de falsificar el escrutinio, como sucedió en el año 1880.

Si esto sucede en una organización, tipo embrión de la sociedad colectivista del porvenir que no representa la gestión económica que sucederá en la sociedad del porvenir, dividida en clases; es decir, pobres, y ricos? los ricos, los inteligentes; por consecuencia los ricos, y los pobres, los obreros manuales, los que lo parecen todo. ¡Siempre el burro pobre, para montar el rico! Y esto suponiendo ser cierto, que fuesen los agraviados los hombres de verdadero mérito pues ya hemos demostrado de la manera que supera la farsa; y lo repetimos, la misma causa produce siempre el mismo efecto, y en la sociedad

en retorno, es preciso que el valor esté constituido.

¿Pero donde hallar el criterio de ese valor?

«Según Proudhon, es la hora de trabajo, bueno es hacer constar que los socialistas de la Internacional han sido todos poco ó mucho proudhonistas, y por de pronto *todos han guardado de él alguna cosa*. Si ahora ya no lo somos, es porque hemos reconocido que *no hay ni poder haber medida para el valor*» (B. Malón, *La Internacional, su historia y su principio*).

Nos adherimos completamente á lo que precede, únicamente preguntáremos al ciudadano Malón, ¿cómo es que aquello que él considera imposible para el mutualismo, sea posible para el colectivismo que este también tiene por eje el valor de cambio?

A menos de estar impuesto por las comisiones de estadística, este valor de cambio no podrá pues establecerse sino amistosamente entre todos los trabajadores. Pero muchos de entre los colectivistas niegan que las comisiones de estadística sean gobierno. Queremos creer que este valor de cambio se habrá establecido por un común acuerdo entre los trabajadores; pero entonces, será preciso pues que estos trabajadores para abandonar de este modo sus justas pretensiones hayan adquirido esa abnegación que

que combatimos será mayor la causa, porque entranará la cuestión económica, y por lo mismo se hará sentir más su efecto ¡fite aquí porque combatimos con todas nuestras fuerzas!

[Nota de los editores].

no puede admitirse en el seno de una sociedad anárquica.

Por otra parte, al crear esos bonos de trabajo, ¿cómo se privará la acumulación? A esta objeción se ha contestado: que la acumulación no pudiendo recaer sino en objetos de consumo, puesto que la propiedad, el suelo y los instrumentos de trabajo serían inalienables, los peligros de esta acumulación no podrían ser muy temibles; ciertamente, bajo el punto de vista de la reconstitución de la propiedad individual, esta acumulación podría dejar de ser peligrosa, pero podría muy sencillamente trastornar toda la organización.

Se ha respondido, que se impediría que se produjese dicha acumulación anulando esos famosos bonos de trabajo en ciertas y determinadas épocas, pero al llegar ese término ¿quién impedirá que se les cambie contra otros nuevos? Pues nadie podrá obligar á los individuos á consumirlos incontinenti, á menos que se inscriba en el programa la consumación obligatoria. Pero, aún admitiendo que se puede evitar esto, no dejará por eso de haber individuos que puedan producir más de lo que consuman, mientras que habrá otros que tendrán necesidad de consumir más de lo que producir puedan. Ahora bien, como cada bono de trabajo (1) deberá estar representado en el almacén por su equivalente producto, se dará en una sociedad sedicente igualitaria, la anomalía de que

(1) Seguirnos suponiendo que se haya llegado á establecer el valor de cambio.

habrá individuos que, por falta de necesidades, habiendo dejado caducar sus bonos, quedarán los correspondientes producidos en el almacén, mientras que habrá otros individuos que no podrán satisfacer sus necesidades por falta de poder producir en consecuencia, entonces se llegaría á esta alternativa; ó bien obligar á los individuos á consumir, ó bien constreñirles á ceder sus bonos (y entonces ¿porqué no restablecer la asistencia pública). Pero como según los *colectivistas*, esas comisiones de estadística no son una autoridad, no les quedará pues más recurso que restringir la producción por consiguiénte paro forzoso. — ¿Qué habrá entonces cambiado, con respecto á la sociedad actual?

Aquí es donde, á pesar de todas las afirmaciones en contrario, vemos apuntar el papel de esas famosas comisiones de estadística que á cada individuo lo que debería producir, se encontraría cobijado en todos sus actos, á cada movimiento daría de bruces contra una ley prohibitoria. Eso podrá ser *colectivismo*, pero, seguramente, no es libertad, ni igualdad mucho menos.

Pero, independientemente todos esos inconvenientes, hay aún de otro más peligroso aún que los demás; y es que, insiluyendo esas comisiones *de esto* y esas comisiones *de lo otro*, que no serían más que un gobierno bajo distinta denominación, habríamos, pura y simplemente, hecho una revolución, solo para activar

la concentración de la riqueza social, que se opera hoy día en las altas esferas capitalistas, y llegar en resumidas cuentas, á poner en manos de algunos los instrumentos de trabajo y la propiedad social.

Hoy, cuando el estado no posee más que una mínima parte de la fortuna pública, ha sabido crear á su alrededor una multitud de intereses particulares que constituyen otros tantos obstáculos á nuestra emancipación.

¿Qué sucedería en un estado patrón y propietario á la vez? ¿A dónde nos conduciría un estado que pudiese disponer, á su antojo de toda la fortuna social y repartirla como más le conviniese, un estado en fin, que sería dueño, no solo de la generación presente, si que también de las generaciones futuras tomando á su cargo la educación de los hijos, y que podría á voluntad, ó bien lanzar á la humanidad en la vía del progreso, por una educación amplia y sin límites, ó bien entorpecer, para lizar el desarrollo, por una educación restringida?

Se retrocede con espanto ante semejante autoridad, disponiendo de tan poderoso medios de acción.

Nos quejamos de que la sociedad actual nos ponga trabas en nuestra marcha hacia adelante, nos quejamos de que comprima nuestras aspiraciones bajo el yugo de su autoridad. ¿Qué sería en una sociedad en la que nada podría producirse sin que llevase la estampilla del estado, representado por las comisiones llamadas de estadística? Para no presentar más que un solo

ejemplo—argumento que ya se ha hecho, pero sobre el cual nadie se ha apoyado lo bastante no habiendo podido ó querido, el que le produjo, hacer resaltar todo su alcance, puesto que él es también uno de lo seides de la autoridad, pues bien, repetimos, para no tomar más que un ejemplo, en la sociedad, en que el estado se ha convertido en el dispensador de todas las cosas, resultaría lo siguiente: no saldría á luz idea nueva alguna, puesto que nada podría hacerse si no obtenía la autorización del estado ó no era reconocido de utilidad pública. De esta suerte, la imprenta, que hasta nuestros días ha sido una de los más poderosos medios de progreso, perdiendo vulgarizar los conocimientos humanos, estaría cerrada á las ideas nuevas, pues por muy grande que fuese el desinterés de los que formasen el gobierno *colectivista*, se nos permitiría que dudemos de que llevasen la abnegación hasta el punto de dejar imprimir cualquier cosa que atacase su autoridad, sobre todo cuando no tendrían más que oponer una simple negativa y podrían invocar en su favor que estando absorbidas todas las fuerzas productoras por las demandas del consumo, no tenían medios ni espacio para ocuparse de lo que no entra en las necesidades inmediatas de la sociedad.

V

Se nos ha explicado, es cierto que las comisiones de estadística no constituirían una autoridad; *determinarian* la producción, *repartirian*

los productos *establecerian* esto, *organizarian* lo otro, pero no serían un poder. Entonces, ¿para qué crearlas, si los grupos son libres de enviarlas á paseo cuando les fastidien? ¿dónde está su utilidad? ¿no es más sencillo dejar que los grupos se organicen libremente y regulen su producción y su consumo como les parezca?

Sean las que fuesen las negativas de los *colectivistas*, no nos impedirán que les encerramos en este dilema del cual no pueden salir: ó bien los grupos y los individuos serán libres de aceptar ó rechazar las decisiones de las comisiones de estadística en cuyo caso no tienen ninguna razón de ser, ó bien las decisiones de dichas comisiones tendrán fuerza de ley, y entonces se verán obligados á crear una policía, un ejército para hacerlas aceptar por los recalcitrantes, creándose entonces una autoridad con todas sus consecuencias. Escoged.

Para probar que es verdaderamente un gobierno lo que se quiere establecer, nos tomaremos la libertad de preguntar qué se entiende por dictadura de clase (si hay medio acaso de darnos esta explicación).

¿No sería esa una de tantas palabras pompasas, bien sonoras, retumbantes y completamente vacías de sentido, que no significan absolutamente nada, palabra hueca que se arroja de tiempo en tiempo á la multitud para ahorrarse de darla otras explicaciones? — Preguntamos pues ¿cómo se hace una dictadura de clase? ¿cómo se sostiene y cómo funciona? A esto se nos contesta: será la dictadura de los trabajado-

res contra la burguesía. Muy bien, pero, ¿cómo se ejercerá esta dictadura de clases sobre todo al día siguiente de una revolución que habrá producido el efecto de hacer desaparecer precisamente las desigualdades que constituyen las clases?

Si imaginamos esta manera de obrar, este sistema de grupos, podemos atrevidamente deducir las siguientes conclusiones: se quiere organizar el proletariado en una masa ciega é inconsciente, que reciba la consigna de ciertos jefes, habituaria á no obrar hasta después de dado el impulso, sin que tenga ninguna iniciativa á parte del impulso recibido con este objeto final: el establecimiento de un orden de cosas y de un sistema de organización que nadie podrá discutir y que á todos se impondrá á raíz de la revolución.

Declararíamos que con este sistema podría prescindirse de gobierno oficial que tuviera un ejército para hacerse obedecer, pues se tendrían á *mano* las fuerzas mismas de la revolución, acostumbradas á ejecutar las órdenes recibidas de la superioridad: y, en vez de tener una dictadura adherida á un municipio cualquiera poseeríamos una inexpugnable y renaciendo sin cesar de entre nuestras filas. Combatiríamos á todo trance, con todas nuestras fuerzas, una dictadura semejante que en sus consecuencias sería más terrible que todas las demás; puesto que el pueblo, con la creencia de defender sus derechos, no haría más que ejecutar las órdenes de sus nuevos amos.

Además, como que estos individuos que se habría sustraído de los talleres, (1) no podrían ya producir, estando obligados á consagrar todo su tiempo al ejercicio de esta dictadura, llegarán á ser burgueses, y lo serán en definitiva por ese mero hecho mismo. La primera cosa que deberían pues hacer, á fin de estar en concordancia con sus principios, sería de suministrarse á sí mismos. Pero, decís vosotros, puesto que ocupan ese puesto por la voluntad de sus compañeros, ya no es lo mismo, y su producción, por más que no sea material, no dejará por eso de existir, puesto que contribuyan á la marcha de la sociedad. En todo eso no hay más que miserables argucias. ¿De qué nos serviría el destrumbar una aristocracia, si volvemos enseguida á colocar otra en su lugar? ¿Consentiríamos con ello algo de provecho? ¡Ah! lo que gravita hoy de un modo tan abrumador sobre nosotros, no es el número de los amos ó de los propietarios. Si la miseria ahoga hoy al obrero, no es tan solo porque la propiedad pertenece exclusivamente á unos cuantos individuos, sino que es primordialmente porque estos cuantos individuos necesitan de todo un sistema de organización que trae consigo la creación de un sin fin de empleos inútiles y que los obreros se vean, como se ven, obligados á producir para todo eso. Ni más ni menos sucedería en la sociedad; en la cual (aunque á la verdad bajo diferentes denominaciones) volver-

(1) Tendríamos á suponer que fueran obreros los llamados á ejercer la dictadura.

ñamos á encontrarnos con todos los defectos de la organización actual.

Finalmente, una última objeción á esta dictadura de clase: si el pueblo verifica una revolución social teniendo por objeto final el apoderarse de la propiedad, ¿no estarán acaso, por este hecho mismo abolidas las clases? Siempre quedarán, dicen, burgueses que descontentos de la situación que se les habrá hecho, podrían ser un constante peligro, es pues á ellos que se hará la guerra. Perfectamente, pero *¿entonces combatiréis á los individuos descontentos de la situación que vosotros habréis creado?* establecereis un poder para hacer la guerra á aquellos que quisieran volver atrás la sociedad; pero, una vez constituido ese poder, ¿quién le impedirá que esa guerra la haga contra aquellos que quisieren marchar hacia adelante? No, no, esta dictadura es demasiado elástica, no queremos de ella nosotros, los partidarios de la libertad *verdadera*. Consideramos que la mala voluntad de unos cuantos individuos aislados en el seno de la sociedad no puede representar un peligro para nadie, desde el momento que se hallan privados de todo aquello que constituye su fuerza en la actualidad: capital, riquezas, gobierno, — mientras que, por el contrario, un poder cualquiera, puesto al frente de esta sociedad, sería un peligro para todos.

Y además, ¿se cree seriamente que ese *colectivismo* puede establecerse sin tener que pasar por los mismos tanteos ó ensayos que se prevenen é indican como necesarios para el comunismo?

Seguramente no. Pues mientras éste marcharía á tientas, es cierto, pero cuando menos con libertad dejando á cada caracter, á cada temperamento el cuidado de su organización propia, el *colectivismo*, con su pretensión de establecer un sistema único de organización, chocaría de frente con la susceptibilidad de unos; las esperanzas de otros, crearía inmediatamente, satisfechos é intereses nuevos á su alrededor, y no dejaría á los descontentos otra puerta de salida más que la de una revolución nueva.

Por el contrario, dejando á los grupos dueños de su organización, tal ó cual grupo que no se encontrase en relación con los desarrollamientos de la sociedad, podría organizarse bajo nuevas bases; ó bien los individuos que de él formasen parte, si el grupo no respondiese á sus aspiraciones podrían separarse de él para formar otros nuevos, si no quería entrar en otros constituidos ya, que respondiesen mejor á sus necesidades. No existe siquiera el peligro de que esto produjese perturbación alguna en la sociedad, pues estos cambios se verificarían parcial y gradualmente.

Entonces, la marcha de la humanidad no nos presentaría más que una evolución continua que nos condujese al objeto que perseguimos: la felicidad común.

Se vé, por lo que precede, que lejos de querer eliminar continuamente y fuera de propósito á los que no fuesen de nuestra opinión, no pedimos, por el contrario, más que el derecho, ó mejor dicho los *medios* de ejercer este derecho.

natural é imprescriptible á la naturaleza humana, de poder organizarnos como nos parezca, dejando en libertad, á los que no piensen como nosotros, de organizarse como mejor á ellos les plazca. Lo que queremos en una palabra, es reconquistar nuestro lugar en la vida, y si pregonamos la Revolución, es precisamente porque la burguesía se vale del poder, del que se ha apoderado, y de la situación económica que se ha creado para esclavizarnos, y porqué no nos ha dejado otra alternativa que sufrir cobardemente esta explotación, ó pasar por encima de ella atropellándola.

Pero si queremos que la burguesía ceda esta propiedad que ritiene, no es en manera alguna con el objeto de apropiárnosla y explotarla á nuestra vez, como hizo la burguesía en 1789, apoderándose de los bienes del clero y de la nobleza. No, nosotros queremos desposeerla de ella para ponerla á disposición de todos, á fin de que *todos sin excepción* puedan gozar de su parte en ella; y si para cumplir esta transformación recurrimos á la fuerza, lejos de hacer acto de autoridad, como se ha dicho neciamente, hacemos acto de libertad rompiendo las cadenas que nos sujetan.

Otro argumento en favor de la autonomía de los grupos y de los individuos, en una sociedad verdaderamente basada en la solidaridad de los intereses y de los esfuerzos individuales, es el de que la idea social progresa sin cesar, mientras que el individuo, por el contrario, llega á un periodo en que se detiene el desarro-

llo de un cerebro, separan sus ideas y considerada como locuras las ideas más nuevas propuestas por otros más jóvenes que él. En efecto, ¿es que las ideas del 68 no más parecen hoy día más ó menos anódinas? ¿Los pocos supervivientes de aquella época que pasaban entonces por exaltados, en qué campo se les encuentran en la actualidad? Sin ir tan lejos, ¿se habría uno hoy por las ideas del 71? ¿qué hemos visto á la vuelta de los amnistiados que por el hecho de la deportación se han encontrado separados de la corriente intelectual? En su mayor parte han vuelto sin estar siquiera á la altura de los radicales.

No, en tanto se quiere establecer una forma única de organización, por ese solo hecho se creará una barrera contra el porvenir, barrera que no podrá desaparecer sino por obra de una revolución de la generación siguiente.

VI

Para preconizar un sistema de repartición en la sociedad futura, se han basado sobre este argumento, que la producción no podría ser suficiente al día siguiente de la Revolución para poder subvenir á las exigencias de un consumo no limitado. Creemos que esto es un error; hoy que el despilfarro está á su colmo y que por ignominiosos cálculos de especialidades de desvergonzada hay terrenos sin cultivar, la producción excede ya de tal manera al consumo, que los paros de trabajo se van haciendo cada un día más y más frecuentes.

¿Qué será pues en una sociedad en la cual nadie tendrá necesidad de acaparar, teniendo la seguridad de ver cada día satisfechas las necesidades de cada uno; en una sociedad en la cual todos los brazos vendrían á dar su respectivo producto, en la cual todo lo que constituye el ejército, la burocracia, así como también esa muchedumbre incalculable de criadas y servidores, cuyo trabajo se reduce en el día de hoy á satisfacer los caprichos de nuestros explotadores, en la cual, en fin, todo lo que se consume hoy sin aportar, ningún trabajo real á la sociedad estaría entregado al trabajo productivo? Sobre todo, cuando se devolverán á la agricultura todos estos terrenos dejados sin cultivo por esos propietarios repletos, todos estos terrenos mayores aun abandonados porque su rendimiento no estaría en relación con el gasto que sería necesario hacer para ponerlos en estado de producir para su propietario un interés de usurero, pero que en la sociedad venidera, no costarían más que un poco de esfuerzo para ser cultivados, puesto que el material necesario estaría en manos de los trabajadores; cuando se lanzarían las máquinas de vapor para excavar la tierra sin cesar y arrancarle sus jugos nutricios que le serán devueltos en forma de abonos, que con tanta facilidad puede hoy producir la química. Podemos pues, sin prejuizar imprudentemente del porvenir, sospechar y aun afirmar que la producción podrá responder ampliamente á las necesidades del consumo.

Han insistido sobre todo en el hecho esto, que

hay productos, tales como la seda, por ejemplo, y otros de igual naturaleza que no podrían crearse así de la noche á la mañana, de modo que pudiesen satisfacer los pedidos de todos. Estos, á nuestro modo de ver, un extremo concepto de la revolución, el figurarse que los trabajadores, llegados el punto de haber comprendido los orígenes de su miseria, de haber estudiado sus causas, y siendo bastante inteligentes para haber sabido aplicarles el correspondiente remedio — es formarse de ellos extraño concepto, decimos, el pensar que podrían ser bastante estudiados para despedezarse mutuamente unos á otros, si no hay una autoridad para repartirles un trozo de seda, un cesto de lúas, ó cualquier otro objeto cuyo aprecio solo está fundado en su poca abundancia.

Es esto tan estúpido que ni tan siquiera nos dignamos contestar á esa objeción; preferimos pensar, en honor de la humanidad, que los trabajadores, habiendo llegado el logro de la satisfacción de las primeras necesidades materiales ó intelectuales por las cuales se habrán batido, serán bastante inteligentes para entenderse amigablemente respecto á la repartición de esos productos que no podrían estar al alcance de todos; en caso necesario los más inteligentes sabrían abandonar su parte á aquellos que no lo serían bastante para esperar con paciencia su turno.

Habríamos querido estendernos más sobre lo que los colectivistas han denominado los servicios públicos, pero creemos deber nuestro restringuirnos respecto á este punto y limi-

larnos tan solo á algunas breves observaciones.

Diremos pues de paso, que los colectivistas no habian inventado esta denominación de *servicios públicos*, más que con un objeto de táctica. Incorporan con esta denominación todos los servicios, tales como correos, telégrafos, transportes, etc., que como dicen, no ocasionan ningún trabajo palpable que se resuma en un producido cualquiera que pueda ser depositado en almacén, de suerte que hubiera sido necesario deducir al salario de los que hacen esos servicios, del producto de las demás corporaciones (lo cual seria establecer de nuevo el impuesto aunque bajo otra denominación). Al hacer esta distinción, esperaban evidentemente hacer aceptar su comisión de estadística y todos los empleos parastarios con los que acabamos de mencionar, actividad, por más que no se traduzca por la creación de objetos de consumo, no dejan por eso de constituir una de las fuerzas necesarias para la sociedad.

Pero la trama era demasiado basta. Acaso todo cuanto se refiere y se relaciona al bien-estar ó á la marcha de la sociedad no forma, por este hecho mismo, parte del servicio público? Y ¿no se presta servicio á la sociedad tanto si se emplea uno á la producción de granos ó cualquier otro producto, como empleándose al transporte de esos granos á los puntos donde se deja sentir su necesidad? mientras que por el contrario las comisiones, *sinecures* ó empleos de los colectivistas podrían constituir un servicio en la sociedad, pero ujo de esos males del

cual se veria precisado á desembarazarse, sin tardar.

Se ha dicho también que, para los trabajos de utilidad general que abrazan una determinada región ó muchas regiones distintas, sería de toda necesidad el nombrar delegados encargados de entenderse, aun que no fuese más que por un tiempo limitado y para la realización del objeto único para el cual hubiesen sido nombrados. Esto es también un error. En efecto, como hemos procurado demostrarlo en todo lo que precede, los intereses individuales estarían fundidos en el interés general; luego las relaciones entre los grupos se reflejarían únicamente á puntos generales que cada cual podría constatar desde su punto especial de vista, pero que en definitiva, tenderían todos al mismo objeto. Además, todas esas distinciones de pueblo, municipio, patria, etc., están llamadas á desaparecer, ó á lo menos, á reducirse á simples expresiones geográficas; así pues, si tomamos por ejemplo, la creación de un camino, de un canal ó de un camino de hierro, no vemos en modo alguno la necesidad del envío de una delegación para organizar dichos trabajos. Su pongamos que la idea del indicado trabajo nazca espontáneamente en el cerebro de un solo individuo. Su primera tarea deberá ser propagar la idea á su alrededor y buscar quienes quieran aceptarla y ayudarle en su empresa, encontrar ingenieros (si no lo fuese él mismo) para levantar los planos, estudiar los lugares por donde haya de pasar aquella carretera, canal ó camino

de hierro, reunir los peones u otros obreros necesarios para la empresa, después cuando haya agrupado el núcleo necesario, cuando se hayan discutido y pesado todos los planos, discutido asimismo los detalles y repartido el trabajo, se comenzará la obra, y el trabajo se hará, como se vé, sin autoridad ni delegación alguna, por la sola iniciativa de los individuos.

Y que no se clame utopía é inverosímil, tomando como ejemplo las asociaciones actuales. Que no se olvide que las circunstancias no serían entonces las mismas que hoy.

En primer lugar todas las asociaciones son actualmente autoritarias é individualistas: entre los asociados, si la asociación es numerosa, hay distinciones de empleos ó de salarios, frecuentemente de los dos géneros á la vez. Pues bien, á pesar de todas esas causas de desunión manteniéndose el acuerdo generalmente por bastante tiempo; la zizaña no entra sino cuando hay uno que prepara un golpe contra sus coasociados ó procura aprovecharse de la situación que ocupa en la sociedad, para dominar á sus camaradas. Entonces, comienza á introducirse entre ellos la desconfianza, siguen luego las querellas, y en definitiva se acaba por la desunión completa.

Pero, téngase en cuenta que en la sociedad que nosotros proyectamos, no habría beneficio alguno particular que sacar de las empresas; que todos los individuos estarían bajo el pie de la igualdad mas perfecta, y serían libres de retirarse cuando les pluguiese, no teniendo en ello fondos comprometidos; téngase en cuenta

que la situación económica sería igual para todos, y—Repetimos una vez más—no se olvide, ante todo, que para establecer semejante sociedad, es preciso que hayan sido lo bastante inteligentes para destruir la sociedad actual que les liga.

VII

Hay otra objeción á la que creemos sería inútil responder, si no nos la presentasen muchos de nuestros compañeros de taller. Es la siguiente: si en vuestra sociedad todos pueden consumir sin estar en cambio obligados á producir, ninguno querrá trabajar, ó, cuando menos, habría un gran número de vagos que nada harían, viéndose los otros obligados á producir por ellos.

Responderemos también á esa objeción que los que la hacen se colocan en el punto de vista de la sociedad actual, y que no se forman una idea justa de lo que deberá ser la sociedad transformada. Actualmente, cuando el obrero se inclina bajo su trabajo abrumador, á menudo repugnante de doce ó trece horas por día, frecuentemente en condiciones más ó menos malas, por un salario irrisorio que apenas si le permite no morir de hambre no puede en realidad más que tener aborrecido el trabajo, pero, cuando en la sociedad futura se haya devuelto, como hemos dicho anteriormente, al trabajo productivo esa multitud de asalariados que hoy día no existen sino para hacer funcionar la organización gubernamental que nos aplasta entre sus engranajes múltiples, ó bien,

cuyo trabajo no consiste más que en aportar una mayor suma de satisfacciones á nuestros explotadores actuales; por otra parte, cuando una mayor distribución del trabajo haya disminuido la mano de obra, y por una mayor extensión de los útiles mecánicos se haya aumentado la producción, aun reduciendo de mucho las horas de trabajo, cuando se hayan saneado los talleres, transportándolos á los edificios que existen actualmente lo cual es fácil de hacer, según las necesidades de los grupos productores; cuando, en fin en los trabajos penosos se haya substituido el trabajo de las máquinas al trabajo del hombre, y que por todas esas mejoras inmediatas se haya reducido la jornada de trabajo á cuatro ó cinco horas, seis cuando más, no creemos que habrá tantos vagos como se quiere suponer. El hombre tiene en sí una fuerza de actividad que es preciso gaste de una u otra manera, y desde el momento que la mayor parte de tiempo le quedará libre para sus placeres u otras ocupaciones que desee emprender no sabemos qué interés tendría en rehuir el trabajo, desde el momento en que todo el trabajo verificado, sería reciproco.

Pero admitámos sin esfuerzo — y ciertamente eso se producirá al principio, — que habrá naturalidades lo suficiente corrompidas por la sociedad actual para rehusarse, en los primeros tiempos, á cualquier trabajo. Pero de todos modos no dejaría de ser una infima minoría.

Hoy mismo, cuando con el estómago vacío, doblamos el espinazo bajo un trabajo de conde-

nado para engordar una multitud de parásitos de toda especie, muchos trabajadores consideran eso muy natural; pero, en una sociedad en la cual tendremos asegurada la satisfacción de todas nuestras necesidades, en la cual el trabajo será de mucho disminuido ¿iremos acaso naturalmente á darnos ams bajo el pretexto de que podrían encontrarse naturalezas desmoralizadas por la sociedad actual que se rehúsan al trabajo? ¡Quitos allá! ¿No tendremos acaso mayores beneficios dejándolos hacer que no creándonos una organización que tampoco podría impedirse? acordémonos de la fábula del bonachón Lafontaine: *El jardinero que va á buscar á su señor para que le libre del conejo que le come sus coles.*

Por lo demás, esos hombres, entregados á sí mismos, en una sociedad en que la regla, la base de la vida, fuesen el trabajo, (mientras que sucede lo contrario en la sociedad de hoy), se avergonzarían bien pronto de su situación y vendrían por su propia voluntad, después de un periodo de tiempo más ó menos largo, á ponerse al trabajo. Vendrían á implorar trabajo para no morir de fastidio, mientras que, por el contrario, al quererlos obligar, los ponéis en guerra abierta con la sociedad; entonces, procurarán apoderarse por la fuerza ó por la fuerza (el robo y el asesinato en la sociedad actual), lo que les negaréis de buen grado; se habrá pues de crear una policía para impedirles que tomen aquello que les rehusareis, jueces para condenarlos, carceleros para guardarlos, en fin, poco á poco

iríais reconstruyendo toda la sociedad actual; es decir que, para no alimentar un limitado número de perezosos, que, como lo hemos dicho anteriormente entregados así mismo se avergonzarían bien pronto de su situación, crearíais una nueva categoría de gandules, con lo agravante que la situación de éstos, en la sociedad sería legal, pero no por eso darían mayor producto y no darían más resultado que el siguiente; eternizar la situación: y tendríamos de este modo dos clases de gandules á quienes alimentar: aquellos que viviesen á expensas de la sociedad á pesar de ella, y los que ella misma se habría creado, sin contar que esa autoridad que se habría establecido, podría, en un momento dado, volverse contra sus establecedores (1).

Ahora se nos dice: los hombres están demasiado corrompidos por la educación actual y la herencia de varios millares de siglos de preocupaciones de todo género; no serán bastante prudentes ni mejorados, al día siguiente de la revo-

(1) *Algunos compañeros nos han preguntado: En una sociedad Andruico-comunitaria que propagáis ¿El individuo que trabaja tendrá obligación en dar de comer al que no trabaja?*

Cremos inútil responderos que siendo anarquistas rechazamos toda imposición; que si no queremos imponer por la fuerza el trabajo á los supuestos perezosos, tampoco queremos imponer á nadie el deber de darles de comer. Somos partidarios del principio, «hagas lo que tu quieras» porque sabemos que lo que el individuo querrá hacer, en una sociedad basada en la naturaleza-el individuo como parte integrante de la misma -no será contrario á ella ni á los demás individuos -contenidos también de las mismas materias-por más que lo haga en beneficio propio.

lución, para que pueda dejárselos libres de organizarlos ellos mismos.

¡Qué decís! ¿los hombres no serán bastante prudentes para conducirse ellos mismos y hacer frente á este peligro? no halláis medio mejor que poner al frente de esos hombres á á quién? á otros hombres que serán inteligentes, quizás pero que no por eso dejarán de tener su parte de esas preocupaciones y de esos vicios que echáis en cara á la masa, es decir, que en vez de procurar ahogar esas preocupaciones y esos vicios en la masa y de buscar de sacar, del conjunto de todos, esta chispa que podría iluminarnos el camino del porvenir, encarnaréis la sociedad entera en la persona de algunos individuos que guiarán esa sociedad según la mayor ó menor estrechez de sus ideas, porque sea cual fuere el desarrollo de concepción del cerebro humano, cada hombre tiene siempre un lado de su espíritu que le impulsa á pesar suyo por los senderos escabrosos de la rutina.

Y luego, ¿quién nombrará los jefes? No queremos suponer que se nombren ellos mismos, ¿entonces será el pueblo? Pero acabáis de decirnos, hay un momento, que no sería bastante prudente para conducirse solo, ¿por qué milagrosamente habrá llegado á serlo lo suficiente para poder discernir entre todos los intrigantes que vengán á mendigar sus sufragios?

¡Ah! tened cuidado que cuando venís á hablarlos de progreso y de libertad, no pensamos que la única manera que consideráis de seguir la marcha del progreso sea de romperle las pier-

nas só pretexto, que no sois bastante listos para seguirlo; que la única libertad que queréis conseguir, la de desembarazaros de aquellos que no piensan como vosotros, de aquellos que creen que no existen hombres superiores que resuman en sí los conocimientos humanos, que esos conocimientos están, al contrario, desperarrados en toda la humanidad; de aquellos que creen que solo dejando á las inteligencias la libertad de soliciarse y agruparse es, como brotará la luz; de aquéllos, finalmente, que creen que solo viendo á su lado un grupo mejor organizado que él, es como un grupo mal organizado se trasformará para procurar de hacer mejor aun, y que del choque incesante de las ideas, que de este movimiento continuo y de esta trasformación eterna, nacerá en fin esa comunidad de ideas, cuyo secreto nadie ha podido descubrir aun y que se probaría en vano de establecer por la fuerza.

AVANT L'HEURE

Un gouvernement flottant, prêt à toutes les lâchetés, à toutes les concessions antidémocratiques, une masse inconsciente lassée de la politique et n'attendant qu'un nom pour l'acclamer, qu'un homme pour le diviniser, dans les ceatres ouvriers seulement un peu de vibration, dans le jointain, —est-ce encore le jointain?—la guerre qui couve, à droite une restauration orléaniste, à gauche la révolution; telle est, à l'heure actuelle, la situation.

Le monstrueux débordement de toutes les passions salua en 1795 l'avènement politique de la bourgeoisie. Les derniers râles de la Convention cédant la place au Directoire furent étouffés par le bruit de l'orgie immense: Paris en rut s'amusa. Et pendant que fournisseurs, accapareurs, agioteurs, officiers de fortune, bureaucrates, voleurs et intrigants de toutes marques prenaient leur essor, le moderne prolétariat naissait.

Cela a duré quatre-vingt-douze ans, pas plus: on va vite en nos temps. Le prolétariat, grandi dans la sueur des bagnes capitalistes, a livré cent escar-